



### TERCERA VISION

---

Los jefes reunidos dijeron al día siguiente:

—Los cazadores han querido explorar los senderos de estos montes, y al ver que no vuelven á bajar sus siete hijos al sitio en que los aguardan, tal vez suban hasta aquí en mayor número y más fuertes. El sitio en que han pastado nuestros camellos, las ramas que nuestras manos han despojado de sus frutos les servirán de guía para encontrar los lugares que los dioses nos conceden para vivir: huyamos, pues, tan léjos, tan léjos, que no puedan seguirnos. El sol, que desciende de mes en mes en los cielos, no caldea ya lo suficiente la atmósfera elevada de los bosques; bajemos con él á orillas del Orontes, y ocultos en su lecho, aguardemos á que vuelva á remontarse.

Y los pastores, entonando el cántico de marcha, reunían los rebaños diseminados por los prados: la cabra que vagaba errante al borde de los precipicios, el onagro paciencioso, las fecundas terneras, la oveja cuya lana sirve de blando lecho, el perro que vela por el hombre y guía los ganados, el elefante casi humano, las quejumbrosas camellas en cuyas mamas encuentran nutritivo alimento los niños, y las aves domésticas, cuyo canto anuncia al hombre hambriento el fruto que acaban de poner: todos estos animales, atraídos por su

instinto sociable y amigo del sér humano, seguían á la tribu por montes y valles, como si el afán de sociedad les compensara hasta la pérdida de su libertad! Por do quiera se advertían amistades secretas, desconocidas; la grulla seguía á los emigrantes en compacto y volador escuadron; la golondrina, alejándose de los bordes de las peñas, acudía, de parada en parada, á posarse en las tiendas, y los viajeros encontraban á cada etapa las mismas voces y plumajes en los aires, ¡hasta tal punto se acordaban aún de las leyes del primer día aquellos animales, llenos del instinto del amor!

Encontrando en todas partes frutos y viviendas á la vez, caminaban diariamente algunas horas entonando canciones; y confiando al lomo de los elefantes las imágenes de sus dioses, y sus mujeres y sus hijos, y cargando los camellos y asnos con sus bagajes, serpenteaban á la sombra formando largas caravanas, mientras las orillas del río y las bóvedas de los bosques, turbados en su silencio, se estremecían á sus voces.

Cedar, cargado con el peso de sus vínculos, marchaba también confundido entre el tropel de esclavos, y buscando á Daidha con la vista, iba regando la yerba con su sudor. Así anduvieron tres veces dos lunas, tan pronto por esos enormes surcos que forman los médanos en las mugientes orillas de los mares, cuyas olas les parecían unirse en confusa lontananza con la línea de los cielos, como por esos valles de hondonadas profundas que multitud de ríos sin nombre llenaban con sus ondas y cuyo curso tenían que remontar hasta su nacimiento, por ignorar aún el arte de cruzarlos. Por fin, descendieron de las cumbres de los montes poblados de árboles cuyas vertientes se fueron aplanando insensiblemente, y el Orontes, más azul que un cielo vespertino, apareció ante ellos extendiendo á sus piés el radiante espejo de sus aguas.

Corría al pié de un promontorio en cuyas grutas profun-

das resonaban los lamentos de sus ondas aumentados por el eco; en aquellos antros tapizados de musgos y agavanzos, trazaban los céspedes fáciles senderos, y la arena, lavada por el cristalino río, se deslizaba hasta su azulada márgen formando rugosos pliegues.

La tribu prorumpió en alegres aclamaciones al divisar aquellos antros secretos, aquellos refugios abiertos en la roca por mano de sus padres, refugios llenos de recuerdos, de leyendas, de misterios, en que los hijos de Phayr habían visto la luz del día, las madres llevado en su seno el fruto de sus amores, las vírgenes llegado á ser esposas y madres, y en que las imágenes de los muertos vagaban errantes juntamente con sus almas. Cada padre guiaba su tribu hácia su antigua guarida: el camello, el elefante, el asno y hasta el perro, parecían conocer el sitio acostumbrado, se detenían á la entrada y trasponían su umbral delante de su amo.

Después de dejar en el suelo los fardos y bagajes, la tribu se dispersó en varias direcciones, yendo á visitar las tumbas de sus antepasados. Conocíanse estas por alguna ligera eminencia, ó una piedra enorme ó algun tronco tendido y cubierto de hiedra que designaban á la posteridad el lugar de los recuerdos habitado por un alma. Al volver cada cual de remotos países, corría á venerar aquellas sagradas memorias, y semejante al que habla desde el exterior, aplicaba la boca al suelo y hablaba á sus muertos.

Una mujer decía al alma de su padre:

—¡Oh padre mio! ¿El agua de los ojos corre por debajo de tierra? ¿Es ahí tan amarga como aquí! ¡Ah, cuánta he vertido en lejanas tierras! Pero ya he regresado. ¡Cuántas ramas de los bosques han caído en las ondas! ¡Cuántos espíritus han ido á visitar otros mundos! Los que han bajado hasta ahí, ¿te han contado lo que hemos hecho desde que no has vuelto á salir al mundo? Las flechas de los gigantes han silbado sobre nuestras cabezas: hemos vivido en el monte de las tem-

30397

pestades; Selma ha perdido á su esposo en los combates. Un hombre misterioso se ha reunido con nosotros, hombre que derriba y extermina á los cazadores: las hijas de Phayr le miran y lloran; los dioses nos han bendecido deparándonos sus más caros dones y volvemos de los bosques con las manos llenas de nidos. Lea, tu nieta, tu predilecta, ha caido en poder de los cazadores siendo aún muy niña; por espacio de mucho tiempo la oimos gritar en los bosques, y sus raptos se sirvieron de sus mismos cabellos para atarla. Yo he dado á luz dos gemelos, varon y hembra: sus blancos dientes me muerden ya el pecho, y en los ojos del niño, tan negros como la noche, mi memoria me hace ver tu amor siguiéndome á todas partes. Miralo, está tendido junto á mí sobre el follaje arrancando con sus deditos la yerba que te cubre; miralo cómo enjuga asombrado mis mejillas con su manecita: llámalo por su nombre para que vuelva mañana.

Cerca de allí, reclinada sobre una pequeña éminencia cubierta de musgo, hablaba así una madre á la sombra de su hija:

—¡Adda, flor de mi seno, lágrima del corazón, soy yo! Los hombres de ahí abajo, en su deseo de poseerte, te hicieron caer en el envidioso lecho antes que mi dulce leche se agotara en tu boca. ¡Oh! Dime, ¿qué leche bebes ahí abajo? ¿Qué madre te mece en sus brazos cantando? ¿Qué nombre más dulce te da, Adda mía? Dímelo, para que yo pueda llamarte por dos nombres, para que al venir de noche á hablar á tu musgo, tu alma se despierte y conteste al oír tu nombre. Hija mía, ¿has crecido bajo la yerba en que reposas? ¿Tejen guirnalda para tí los hijos de la muerte? ¿Te hacen un collar con las semillas rojas de los bosques? A veces me parece oírte gritar, y todas las noches extendo mis brazos para cogerte, hija mía, pues por más que mi esposo suspenda tus hermanos de mi cuello para hacerme pensar exclusivamente en ellos, no puede borrar de los dos ojos de mi alma; yo soy como el ave

quejumbrosa de ala azul y blanca, á quien la corriente del río, al sacudir la rama, ha arrebatado un hijuelo, el primero que ha salido á luz de la pollada, haciéndolo caer del nido y rodar á merced de las ondas; por más que cobija los otros bajo su plumaje, la consume la pena del único que ha perdido, y todo el día chilla y mira el agua, y lleva en el pico la comida á su hijuelo.

Así hablaban los hombres y las mujeres á los muertos, mientras depositaban sobre el musgo presentes para su alma; sus piés, al separarse lentamente de aquellos sitios, parecían arraigarse en la tierra de sus abuelos, ¡tanto puede una memoria querida en los humanos! ¡Ah! Las cenizas de los muertos son las que crean la patria!

Después de dar así libre expansión á sus corazones, cada cual sacó sus dioses del arca rodeada de flores en que los guardaba, y colocándolos en el umbral de sus antros agresivos, les rogó que habitaran y amaran aquellas orillas. Estos dioses eran objetos viles cuya adoración profanaba la creación y la inteligencia humana: plantas, piedras, cortezas de árboles, conchas raras recogidas en el lecho de los ríos, todo cuanto llama la atención y cautiva la vista, todo cuanto se ve en sueños ó se presenta al azar, indigna saciedad de la necesidad de adorar, esperar y temer que el hombre se complace en fingirse. Cada cual tenía su deidad preferida á las otras, que tocaba, vendía ó hacia pedazos á su capricho, y á la cual se prodigaba el respeto ó el escarnio, según que la casualidad confirmaba ó no su culto. Todos competían en punto á adoración; sólo los míseros esclavos carecían de dioses! Su mano habría profanado aquellos ídolos inmundos; la maldición les cerraba entrambos mundos, y si su mano llegaba á extenderse sobre los dioses robados, levantábanse contra ellos mil brazos, apedreándoles en cumplimiento de la ley.

Cuando el pueblo pastor, á cubierto ya de la persecución

de los cazadores, hubo desempeñado los misteriosos deberes de su culto, y encendido de nuevo el fuego de sus hogares junto á las cenizas de sus padres, se dispersó tranquilamente por las orillas del río y por los prados contiguos, como las abejas de una colmena muy poblada se diseminan por las flores en torno de un manantial; y sus días trascurrieron tan semejantes unos á otros, que sólo algunos ancianos contaban los que iban pasando.

Los esclavos pasaban la noche atados al tronco de un árbol; de día apacentaban los ganados de su señor, y reunidos todos ellos por miedo á los leones, pasaban la vida llorando en comun sus cuitas, refiriendo unos cómo habían perdido su libertad nativa, vendida á vil precio, y recordando otros cómo, por muerte de su padre, habíale tocado á su madre por suerte ser esclava, y cómo, llevada cautiva entre ovejas y cabras, los había amamantado con leche amargada por el llanto. Estos mostraban con el dedo los negros surcos causados por el látigo que había lacerado sus demacrados miembros; aquellos sus brazos atados, cuyas ligaduras impedían la circulación de la sangre por sus venas, y todos, en fin, espíandose para hacerse traición más á mansalva, no conservaban de humano más que el corazón para aborrecerse. Todos miraban á Cedar con ojos envidiosos, sirviendo de consuelo y lenitivo su infortunio á su miserable vida.

Cedar, por su parte, sin palabra y sin comprender las ajenas, huía instintivamente de los sitios frecuentados por los demás, y guiando sus camellos á las más agrias mesetas, sólo recorría los montes y los lugares solitarios sin temor á los leones que asustaban á sus compañeros, porque las fieras huían á su solo aspecto. Allí, tendido días enteros junto á los manantiales, cuyo fugaz murmullo se lleva también las penas, ó encaramado en los picos donde mugían los aires, contemplaba los cielos, las llanuras y los mares y los mil rayos que de todo emanaban, y en que se sume el pensamiento y

la mirada se posa: este espectáculo de la naturaleza que le deslumbraba, la contemplación de sí mismo que le sorprendía en alto grado, las maravillosas escenas del profundo firmamento, la vegetación y sus prodigios, y los brutos y el hombre en sus diferentes relaciones, afluyendo á su mente, desarrollaban su inerte inteligencia, como la de una persona dormida que al despertarse piensa y reflexiona. Y todo esto parecía no ser más que un recuerdo que sentía renacer desde el fondo de su alma; pero cuando pugnaba por reanudar el hilo de lo presente á lo pasado, de sus sentidos á su alma, eclipsábase el rayo dejando de alumbrarle: su memoria se desvanecía en confusas nebulosidades, parecía que gravitaba sobre su cabeza una bóveda que le comprimía el cráneo y rompía sus ideas, y desde el orto al ocaso del sol permanecía con la frente tristemente inclinada sobre sus rodillas.

De esta abstracción, de este ensimismamiento, le sacaba únicamente la voz querida ó el ruido de los pasos de Daidha, cuando iba al medio día á ordeñar las camellas de Alfin que pastaban en torno, y á llevar á los cautivos su mísero alimento, como se echa el grano á las aves del campo. No bien oía él resonar en los bosques la armoniosa voz de la doncella que le llamaba por su nombre, todos sus sentidos vibraban en su oído; se levantaba á la manera del hombre que se despierta; y daba al olvido sus ideas y lo largo del día, día que se reducía para él á la hora de aquella visita. Acudía presuroso al encuentro de tan dulce voz que sacudía con brusco sacudimiento todas las fibras de su corazón, y tan rápida era entonces su carrera, que rompía cuantas ramas le estorbaban el paso y que sus pies no parecían tocar el suelo, como si tuvieran alas; mas de pronto, cuando se acercaba á ella, cuando los celestes encantos de Daidha aparecían radiantes á pocos pasos de él, desfalleciendo su fuerza en su alma demasiado henchida, privaba de aliento á su palpitante pecho, flaqueábanle las rodillas, tenía que inclinar al suelo la des-

lumbrada vista, y de pié, pálido y frío como una estatua de mármol, permanecía un momento apoyado contra el tronco de un árbol.

Daidha en tanto, acercándose púdica y candorosamente, corría encendida de júbilo y de pudor, depositaba á los piés de Cedar su rústico festin en las hojas de las plantas, acercaba el ánfora á los ardorosos labios del jóven, mojándolos con la espuma de la leche, enjugaba con su mano en su abrazada mejilla el sudor que por ella corría ó el helado rocío; le sonreía con los ojos, con la boca y con el corazón, impregnando su dulce mirada de compasión y de languidez, y tocando sus ligaduras, que hubiera deseado desatar, se esforzaba en hacerle comprender que de buen grado las rompería; luego le hablaba, mas al ver que él no respondía, y que continuaba inmóvil ante ella guardando obstinado silencio, besaba su frente velada desde el medio día hasta la noche, y Cedar la oía llorar, pero sin verla, y á veces sentía caer en sus piés algunas gotas de ese secreto llanto que ella hubiera debido mantener oculto.

Entonces Cedar corría á reunir el ganado, sujetaba por el cuello el hijuelo del camello, mientras Daidha, arrodillada junto á la madre, oprimía entre sus dedos la abundante ubre. Cuando el ánfora estaba llena de humeante leche que rebosaba espumosa de la vasija entre sus dedos, para evitar que el líquido se escapara por el orificio, cogía en los campos la rosa y el narciso, y echando en él estas flores, tapaba el ánfora con un perfumado ramillete.

El jóven humedecía sus labios en el sitio de la vasija donde la doncella había aplicado los suyos, y bebía un poco de leche como un cabrito al que se desteta; en seguida, levantando el ánfora con sus brazos nerviosos, y reuniendo los cabellos de la jóven para que la sirvieran de sosten, se la ponía suavemente en equilibrio en la cabeza; Daidha entonces, levantando á modo de asas entrambos brazos, se volvía para son-

reírle y huía presurosa, dejando á Cedar como si le arrancara el corazón llevándose consigo. Veía éste sus cabellos, oscilando como un ala, deslizarse entre los troncos de los plátanos celosos; la seguía con la vista, caía de hinojos sobre la yerba en que había quedado impresa la huella de sus blancos piés, y la mordía con su callada boca, y á la manera de un hombre pensativo que cierra los ojos para perseguir una idea creyendo madurarla así mejor, permanecía largo rato con las manos puestas sobre los ojos para ver mejor mentalmente la imagen desaparecida; á veces aplicaba el oído por si la murmuradora brisa llevaba hasta él un acento de la lejana voz, y cuando, en la desierta soledad causada por su ausencia, todo era de nuevo aislamiento, silencio y oscuridad, entristecido todo el día con su harto rápida partida, su alma impaciente aguardaba su nuevo regreso.

Así trascurría para él, entre regreso y ausencia y ausencia y regreso, la miserable vida, que perdiendo hasta el sentimiento de sus duras cadenas, se concentraba toda entera en una idea, en un placer, en un tormento: alma que, para sustentar su vida interior, tan sólo tenía una imagen en el corazón y una hora en todo el día.

Mientras tanto su cuerpo se desarrollaba con la edad, llegando al apogeo su belleza varonil; de su alma trascendía á sus facciones su celeste origen sin que él lo echara de ver; en aquel cuerpo agarrotado de esclavo envilecido se advertía un no sé qué propio del cielo, y su mirada, á pesar de ser dulce y tranquila, despedía llamas cuyos fulgores velados causaban profunda impresion en las mujeres. Como para vengarse de la estúpida abyección en que se le tenía sumido, descollaba por su estatura sobre todos los demás hombres, y semejante á un león cautivo, no podían todos ellos menos de admirar al esclavo aun humillándole: tímidos y recelosos, huían de su aspecto, y llenos de respeto y de vergüenza, bajaban al suelo la vista. Daidha era la única que se atrevía